

Carlos Taibo

Anarquismos

Ayer, hoy y mañana



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Carlos Taibo Arias, 2022
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-811-0
Depósito legal: M. 5.614-2022
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 Prólogo

- 21 I. Anarquía y anarquismos
 - 25 El cuerpo doctrinal
 - 27 Antidogmático
 - 29 Sabios, intelectuales y científicos
 - 31 Escuelas y corrientes
 - 34 Dos fracturas internas
 - 37 Anarquistas y libertarios
 - 41 Intercambios estimulantes
 - 42 El individuo, la colectividad
 - 44 La disputa sobre la naturaleza humana
 - 46 Ni liderazgos ni personalismos
 - 49 La santa utopía

- 52 II. Democracia delegativa, democracia directa
 - 55 Contra las elecciones
 - 58 La defensa de la democracia directa
 - 62 La acción directa
 - 64 La propaganda por el hecho

- 67 III. A vueltas con el Estado
 - 71 Los Estados del bienestar
 - 75 Dónde acaba el Estado
 - 77 Landauer, la comunidad, el Estado

82	IV. Capitalismo, lucha de clases, autogestión
85	La lucha de clases
90	Los límites de la propuesta ciudadanista
93	El anarcosindicalismo: ayer y hoy
97	En el centro de todo: la autogestión
101	V. Espacios de autonomía y sociedad futura
104	El debate sobre la autonomía
108	El anarquismo de barrio
113	La sociedad del futuro
116	Dos prospecciones: Fotopoulos y Albert
119	VI. Historia, logros y sinsabores
123	Un balance del movimiento libertario español
126	Los años de la guerra civil (y de la guerra social)
129	El ejemplo de la CNT
133	Marx y sus seguidores
138	El poder: el experimento soviético
142	El naufragio de la socialdemocracia
144	Los modelos latinoamericanos
149	VII. Nuevos aires
150	Anarquismo y feminismo
155	La ecología: resistencias biológicas
158	Decrecer, desurbanizar, destecnologizar, despatriarcalizar, descolonizar, descomplejizar
164	La polémica de Bookchin
167	Corrosión terminal del capitalismo, ecofascismo y colapso
170	Pacifismo, antimilitarismo, violencia
174	Represión y control
177	La religión
180	El postanarquismo

187	VIII. Naciones, anarquismos del Sur
188	Anarquismo y cuestión nacional
191	De Cuba a Cataluña
196	Territorio y comunidades naturales
198	Anarquistas de ultramar
202	Chiapas, Rojava
205	IX. Conclusión
211	Notas
223	Sugerencias bibliográficas
237	Índice analítico

Trabajar por obligación será siempre morir un poco. Enriquecer a otros, obedecer a jefes repugnantes, correr para no llegar atrasado, fingir sonrisas, recibir sueldos de hambre: todo mata. Perder momentos de amor y placer, de ocio y creatividad, y olvidar la capacidad de imaginar mañanas totalmente distintas es la condena a la que nos someten los amos de todos los tiempos y colores. Ser un trabajador ejemplar y aguantar sin chistar nunca será señal de orgullo. No seremos esclavos felices. Queremos reconquistarnos, exigimos la Vida. Y si algo tiene que morir, eso es el orden de explotación que nos somete. ¡Salud y libertad!

Anarquistas de Temuco, 1 de mayo de 2014

Prólogo

Son muchos los textos que se inician con la afirmación, taxativa, de que las ideas y las prácticas libertarias están, en virtud de unas u otras razones, de renovada actualidad. Comoquiera que no sé si la repetición ritual de esa afirmación no ocultará la debilidad de la realidad acompañante, en este caso me limitaré a señalar, de manera más modesta, que, sea cual sea su deriva reciente o lejana, esas ideas y esas prácticas no han muerto. No sin agregar, eso sí, que en mi intuición, que recorre muchas de las páginas de este libro, el escenario de crisis general que se anuncia –el escenario propio de un colapso– bien puede favorecer un renacimiento y una expansión de unas y otras. Me viene ahora a la memoria que hace un puñado de años, estando en compañía de dos colegas profesores de Ciencia Política, se entregaron estos a la tarea de desbrozar el programa de una asignatura titulada «Ideologías políticas contemporáneas». En el trans-

curso de esa conversación uno de ellos se sirvió afirmar que no correspondía incluir el anarquismo en ese programa, toda vez que este último no era una ideología política «contemporánea». Yo, que hasta aquel momento no participaba del intercambio de pareceres, me sentí en la obligación de intervenir para darle la razón a quien había afirmado tal cosa. «El anarquismo no es una ideología contemporánea», aduje mal que bien, «sino una ideología del futuro». O al menos lo es –apostillo ahora– a los ojos de quienes pensamos, a tono con lo que he señalado unas líneas más arriba, que el planeta se nos va irremisiblemente de las manos.

La percepción de cuáles son las virtudes, y cuáles los defectos, del anarquismo en sus muy diferentes y plurales manifestaciones ha ido cambiando, a menudo notablemente, con el paso del tiempo. Lo ha hecho, en singular, en el último cuarto de siglo al amparo de la quiebra –entiendo que tal ha sido– de la socialdemocracia y de los modelos de «socialismo real». Parecen haberse equivocado, por encima de todo, quienes concebían en el anarquismo una propuesta ontológicamente incapaz de encarar los problemas de las sociedades complejas. Hoy suenan a broma los argumentos, que algunos siguen repitiendo, que sugieren que el anarquismo es una cosmovisión del pasado, sólo imaginable –fuere lo que fuere lo que signifiquen estos términos– en la mente de gentes simples que habitan países atrasados. Y sorprende que haya quienes no aprecien problemas mayores en el crecimiento, la industrialización, la centralización, el consumo de masas, la competitividad, el hipercontrol represivo y la disciplina cuartelaria. El anarquismo implica, sí,

el diseño de reconstruir muchos de los elementos característicos de determinadas comunidades del pasado, pero acarrea al tiempo un esfuerzo de comprensión compleja de las miserias del presente, de la mano de una apuesta que lo es en provecho de la autogestión, de la desmercantilización y de la conciencia de los límites.

Nada de lo anterior significa que el pensamiento libertario ofrezca respuestas cabales para todas nuestras preocupaciones. Menos aún quiere decir que no precise de un *aggiornamento* que por momentos se antoja indispensable. Porque resulta obligado repensar, o matizar, muchos de los conceptos heredados de los «clásicos» del XIX. Es tan necesario como urgente adaptar el pensamiento anarquista a nuevas realidades, desde el recordatorio, eso sí, de que los problemas que aquel identificaba un siglo o un siglo y medio atrás —el autoritarismo, la opresión, la explotación— en modo alguno han remitido. En cierto sentido nos hallamos ante dos paradojas interrelacionadas. La primera recuerda que mientras, por un lado, los diferentes anarquismos encuentran problemas de ubicación en las sociedades en las que nos ha tocado vivir, por el otro, y a los ojos de muchos, sus aportaciones se antojan cada vez más necesarias para afrontar las miserias del presente. La segunda subraya que la debilidad de las organizaciones identitariamente *anarquistas* se hace valer al tiempo que se aprecia, sin embargo, el enorme ascendente, más general, del proyecto *libertario* entendido en un sentido amplio. A la luz de lo que acabo de señalar, acaso es este el momento adecuado para poner sobre aviso de una opción terminológica que recorre buena parte de esta obra y sobre la que volveré más ade-

lante: aunque las más de las veces entenderé que los adjetivos «anarquista» y «libertario» son sinónimos, de tal manera que pueden emplearse indistintamente, con alguna frecuencia reservaré el empleo del segundo para retratar posiciones y movimientos que, no necesariamente anarquistas, se adhieren sin embargo a principios básicos como los vinculados con la democracia directa, la autogestión o el apoyo mutuo. Cuando eche mano de ese uso, el empleo del adjetivo «anarquista» quedará circunscrito a la descripción de posiciones y movimientos que asumen una clara identificación doctrinal con el anarquismo entendido en sentido mucho más restringido. Las cosas como fueren, parece cada vez más perentorio romper el aislamiento propio de muchas de las formas identitarias del anarquismo, y hacerlo, por añadidura, desde la perspectiva no dogmática de quienes tienen, por fuerza, muchas dudas y saben que no disponen –lo repetiré– de respuestas para todo. Hay que encarar una tensión entre la radicalidad ineludible de las ideas que se defienden y la conciencia de que es preciso que alcancen a muchos seres humanos y tengan consecuencias prácticas.

Permita el lector, en suma, que formule algunas apreciaciones sobre lo que –espero– va a encontrar en esta obra. La primera lo es sobre la condición del autor de estas páginas, quien –como ya ha podido intuirse– no es un observador externo, neutro y frío. Sería absurdo que negase mi simpatía general por las gentes y por los pensadores que se han movido y se mueven en el mundo libertario. Quiero creer, aun así, que esa simpatía se ve modulada por una lectura de lo que hacen esas gentes y de lo que escriben esos pensadores que invita a considerar lo uno y

lo otro con prudente y heterodoxa distancia. No sé si esta última no hundirá sus raíces en el hecho de que en mi caso pesa más en algunas ocasiones la conciencia de la miseria realmente existente que la certificación de las virtudes de la propuesta anarquista. Las cosas como fueren, en estas páginas se dan la mano, como acaso no podía ser de otro modo, juicios personales e ideas muy entendidas. Agregaré que a la postre sospecho que me interesa más la anarquía postulada que los anarquismos que la postulan. No sin reconocer que igual no soy demasiado consciente de los tributos de cierta imagen popular, en ocasiones muy negativa, de la condición de los segundos.

He intentado forjar, por lo demás, un texto razonablemente sencillo y comprensible que obedece al propósito de responder a una pregunta genérica: ¿cómo es posible ser anarquista, o libertario, bien entrado el siglo XXI? El resultado, a mi entender, es una obra que se sitúa a mitad de camino entre la fundamentación filosófico-política –los argumentos vertidos al respecto bien puede completarlos la lectura de los trabajos de Daniel Colson y de Matthew Wilson que aparecen recogidos en la bibliografía– y la reflexión sobre los hechos. No encontrará el lector en estas páginas, de cualquier modo, ni una historia de los movimientos libertarios ni una enciclopedia empeñada en acopiar datos dispares. Su objetivo, más modesto, es bucear en los entresijos del anarquismo, el de ayer, el de hoy y el del futuro, dar cuenta de la versatilidad de sus percepciones –justifica que en el título haya preferido el plural que incorpora el vocablo «anarquismos»– y rescatar al efecto partes perdidas del discurso y

de las prácticas libertarias, como las vinculadas con comunidades indígenas y arrebatos precapitalistas. Quiere ser este, de resultas, un material abierto a la discusión que permita valorar qué es lo que los anarquistas han hecho hasta ahora, cuáles son los sambenitos que se les han colgado –individualistas, hostiles a toda suerte de organización, milenaristas, infantiles, prepolíticos...– y qué es lo que, presumiblemente, deben hacer en el mañana. En el buen entendido de que preferiría que el lector no confundiese la liviandad de mis argumentos con la condición, a buen seguro que más profunda y asentada, de la propuesta libertaria.

Este trabajo es una versión, muy modificada y –espero– sanamente actualizada, de un libro que entregué a la imprenta en 2013 y que llevaba por título *Repensar la anarquía*. En su redacción me he beneficiado de los muchos debates que han seguido a los actos de presentación de esa obra, a los que se han sumado las críticas que esta ha merecido entre nosotros y las que han suscitado, en paralelo, las diferentes versiones del texto –francesa, griega, inglesa y portuguesa– aparecidas en otras lenguas. Pero han sido también vitales varios de los trabajos que he publicado en la última década y que se han interesado por el anarquismo ruso coetáneo de la revolución bolchevique –*Anarquismo y revolución en Rusia, 1917-1921*–, por la historia del anarquismo español –*Los olvidados de los olvidados. Un siglo y medio de anarquismo en España*–, por la expansión de las ideas libertarias en los países del Sur –*Anarquistas de ultramar. Anarquismo, indigenismo, descolonización*– y, más recientemente, por los problemas del mundo anarquista/libertario en el escenario que nos

es más próximo: *Anarquist@s y libertari@s, de aquí y de ahora*. Para perfilar alguno de los epígrafes, acaso los más *militantes*, del libro que el lector tiene en sus manos me he servido expresamente, por cierto, de observaciones que vertí en su momento en este último trabajo.

Carlos Taibo

I. Anarquía y anarquismos

Comoquiera que el anarquismo tiene un cariz manifiestamente antidogmático, a duras penas sorprenderá que determinar lo que es el propio anarquismo resulte tarea singularmente compleja. Si así lo queremos, hay dos percepciones distintas relativas a la condición de aquel. Mientras la primera, menos presente, entiende que el anarquismo remite a un estado de ánimo que, sustentado en una forma de ver el mundo, se manifestaría a través de una conducta que hunde sus raíces en tiempos inmemoriales, la segunda, más frecuente, hace referencia a una doctrina específica que, con perfiles asentados, habría visto la luz, incipientemente, a finales del siglo XVIII y principios del XIX en la Europa occidental.

No olvidaré, en lo que se refiere a la primera de esas dos percepciones, que es relativamente frecuente que se haya empleado el adjetivo «anarquista» para describir a gentes e iniciativas muy anteriores a finales del XVIII. El

uso correspondiente se ha revelado en provecho, y son ejemplos entre muchos, de campesinos chinos de dos milenios atrás, de integrantes de movimientos religiosos en la Europa medieval o de determinadas manifestaciones de la piratería¹. Pero la etiqueta ha asomado la cabeza también para dar cuenta de la naturaleza de «sociedades primitivas» como los nuer estudiados por Evans-Pritchard, los piaroa considerados por Overing o muchos de los pueblos invocados en los escritos de los antropólogos Marshall Sahlins y Pierre Clastres. Parece que la consideración de esta circunstancia tiene una consecuencia importante en materia de fijación de qué es lo que debería interesar a una eventual historia del anarquismo: esta última, además de ocuparse de la deriva, relativamente reciente, de determinadas ideas y prácticas, habrá de acercarse a la condición y al despliegue de muchas de las iniciativas humanas registradas en el pasado lejano. Porque en el cuerpo general del anarquismo –conforme, claro, a esta percepción– tanto o mayor relieve corresponde a los hechos que a las reflexiones teóricas y a los adjetivos de los que aquellos son portadores.

Es verdad, por lo demás, que existen nexos importantes de relación entre las dos percepciones del anarquismo que acabo de mal glosar. Rescataré uno de ellos, de vocación más bien mal intencionada: el que nos recuerda que a los ojos de determinados historiadores el anarquismo poco más habría sido que una pasajera y extemporánea manifestación de lo que se ha dado en llamar «rebeldes primitivos». Desde esta perspectiva, el pasado invocado por la primera de nuestras percepciones lastraría de tal modo el contenido de la doctrina emplazada en

el núcleo de la segunda que el resultado no podría ser sino un amasijo inservible. No parece que sea este el momento adecuado para encarar semejante confusión. Me limitaré a recordar que, vistas las cosas en la distancia, acaso son más valiosos los rebeldes primitivos que los aposentados modernos; subrayaré que la práctica histórica del anarquismo da para todo e incluye manifestaciones frecuentes en sociedades complejas; me preguntaré por la condición primitiva de gentes que, como Noam Chomsky o Bertrand Russell, se han autodescrito, con razón o sin ella, como anarquistas, o recordaré que, a mi entender, las respuestas que el anarquismo ofrece a muchos de los problemas del presente son bastante más agudas que las forjadas al calor de sus competidores ideológicos. Porque, pese a que el anarquismo es, sí, un estado de espíritu, este último se hace acompañar de un cuerpo de ideas y de experiencias comunes, cierto que a menudo con perfiles difusos y, llegado el caso, contradictorios. En ese cuerpo de ideas y experiencias se aprecia con frecuencia una propuesta que obliga a recelar de una visión, muy extendida, que no aprecia en el anarquismo sino un ente amorfo lastrado por su naturaleza emocional e irracional, impulsiva y novelesca, romántica y propicia al desaliento. Aunque, y de nuevo, y a la manera de lo que acabo de sugerir cuando hablo de los rebeldes primitivos, ¿qué hay de malo en las emociones, tanto más cuando estas se ven impregnadas de elementos racionales?

El anarquismo es el producto de una mezcla de las dos percepciones glosadas, soldadas sobre la base de la idea de que, en último término, hay una memoria que transmite

valores y experiencias, de tal forma que unos y otras, pese a lapsos temporales y apariencias, no acaban de morir. A los ojos de los anarquistas no se trata, sin embargo, de guardar en un cofre las esencias correspondientes. Se trata, antes bien, de expandirlas, y ello aunque escapen al control de quien lo hace. Al fin y al cabo, la configuración del anarquismo conforme a la segunda percepción exige, en paralelo, y de nuevo, reivindicar una tradición –la vertebrada en los dos últimos siglos en torno a falansterios, comunas, soviets, consejos de fábrica, colectivizaciones o mayos franceses– que, aunque las más de las veces con eco histórico reducido, escaso asentamiento y precaria consolidación en el tiempo, aporta ejemplos que relucen en un magma de miserias. Esa tradición tendría, por cierto, su peso a la hora de explicar fenómenos de hoy. Baste con rescatar al respecto una visión, relativamente extendida, que considera que un movimiento como el del 15 de mayo, el 15-M, habría respondido en España, en una de sus matrices, a un impulso que bebería de la influencia simultánea de tres tradiciones descentralizadoras –la localista, la soberanista y la anarquista– de hondo ascendiente en la cultura política del lugar en que adquirió carta de naturaleza¹. O con subrayar que los experimentos revolucionarios más audaces del momento presente –así, el zapatismo chiapaneco o el confederalismo democrático de Rojava– tienen un asiento principal en el designio de beber de tradiciones de revuelta muy antiguas. Parten, por decirlo de otra manera, de la certeza de que es absurdo concluir que sólo tiene sentido imaginar movimientos contestatarios después de la Ilustración, como si aquellos solo existiesen porque un filósofo o un pensador los ha imaginado o descrito².

La propensión a «vivir del pasado», que no falta en muchas de las manifestaciones de la cultura libertaria, ha podido estar en el origen de la idea de que el propio anarquismo es una ideología de ayer. Frente a ella hay que subrayar que la mayoría de los anarquistas no hacen gala de ningún nostálgico aferramiento al pasado. Mientras, por un lado, parten, antes bien, y sin más, de la convicción de que la tradición libertaria aporta instrumentos útiles para pensar, y para cambiar, lo que hoy tenemos, por el otro se muestran conscientes de un hecho innegable: si nos acogemos a la primera de las percepciones que aquí nos atraen –la que ve en el anarquismo, sin más, un tipo de conducta–, está servida la conclusión de que son muchas y muy dispares las interpretaciones en lo que hace al sentido preciso de esa conducta.

El cuerpo doctrinal

En un texto incluido en la undécima edición, de 1905, de la *Enciclopedia británica*, Kropotkin se refirió al anarquismo como

el nombre dado a un principio o teoría de la vida y de la conducta en virtud del cual se concibe una sociedad sin gobierno, en la que la armonía se obtiene, no por sumisión ante la ley, o por obediencia a una autoridad, sino de resultas de acuerdos libres alcanzados por varios grupos, territoriales o profesionales, libremente constituidos en provecho de la producción y del consumo, y de la satisfacción de la infinita variedad de necesidades y aspiraciones de un ser civilizado³.